Año I. Madrid 24 de setiembre de 1856. Núm. 24.

Un mes.
—
Madrid. . . . 4 rs.

Trimestre.
—
Provincias. 15 rs.

CRONICA ECLESIASTICA.

Este periódico se publica los dias 1.°, 8, 16 y 24 de cada mes.

¿Será cierto que la religion cristiana fomenta la supersticion? Asi lo suponen sus enemigos, y sin embargo uno de los mayores beneficios que ha producido y produce en la sociedad es preservarla de la atroz supersticion que caracterizó las épocas anteriores á su divina institucion, y que seguramente volveria á desarrollarse, asi que la razon dejara de ser ilustrada por la luz del Evangelio. Antes que el Redentor se dignara consumar su obra, apenas habia en la tierra un pequeño espacio donde la supersticion no dominara con todos sus horrores, favorecida por las tinieblas de la idolatría.

Apenas podemos en la actualidad nosotros los acostumbrados á la sencilla pureza del culto católico creer que para satisfacer la necesidad de adorar al supremo autor de todas las cosas, haya nunca el mundo podido caer en las abominaciones y en la ignorancia de aquellos tiempos calamitosos. ¡Ofrecer víctimas humanas á la divinidad! ¡Teñir sus aras con sangre inocente! ¡Implorar sus favores sacrificando el pudor! ¿A qué cristiano no le cuesta trabajo creer que á semejantes horrores se haya podido nunca dar el nombre de religion?

¡Oh gloria de la humanidad, divina religion del Crucificado, hasta qué punto no has ennoblecido nuestra condicion, cuando hasta repugnancia nos cuesta creer tamañas aberraciones!

Hoy tal vez se llama supersticion á la fervorosa esperanza de algun alma sencilla; se llama fanatismo la inocente ofrenda que la piadosa gratitud pone al pie de las aras; se llama ignorancia, se llama hipocresía, se llama..... ¿Cómo se llamarian los tauróbolos, las libaciones, los augurios tomados del vuelo de las aves, de la inspeccion de las entrañas de la víctima, de la direccion del humo, de las rayas de la mano, de los sueños, y de las innumerables ridiculeces en que hacian consistir parte de su culto religioso los pueblos que por mas ilustrados figuran en los tiempos anteriores á la venida del Salvador?

Hoy se grita contra la teocracia apenas algun venerable prelado, venerable aun cuando fuera posible despojarlo de su sagrado carácter, se atreve á levantar su paternal voz contra algun abuso de la ley civil. ¿Qué se diria, si á la autoridad de dictador vieran los pueblos unida la dignidad de soberano pontífice; si vieran á un Julio César someterse al consejo de un ministro del culto, antes de desplegar en batalla sus legiones?

Al brillar el cristianismo desaparecieron aquellas ridículas supersticiones, y quedaron de un modo conveniente deslindados los poderes espiritual y civil. Los oráculos fueron enmudeciendo poco á poco, segun lo confirma el testimonio de los escritores de aquellas épocas, entre los cuales merecen mencionarse Plutarco por la singularidad de las causas á que atribuyó aquel inusitado silencio, y Porfirio que que aseguró terminantemente deberse á Jesucristo la causa que imponia silencio á Esculapio y á otras vanas divinidades del politeismo.

¿Quién pudo decir una verdad mas gloriosa para nuestra religion? A proporcion que el cristianismo se estendia, el mundo se iba ilustrando, y no era ya posible fascinar á los pueblos con las supercherías de los falsos oráculos. ¿Y habrá aun quien se atreva á decir que el cristianismo fomenta la supersticion? Lejos de fomentarla la ha desterrado, disipando las tinieblas del error y la ignorancia, desvaneciendo las preocupaciones, y sustituyendo ritos puros y racionales y un culto conveniente y decoroso al horrible conjunto de errores, inepcias y crueldades que constituian la religion del paganismo.

Idolatría y supersticion significan una misma cosa, y solo á beneficio de un continuo obcecamiento podian tener cabida entre los hombres. ¡Loor eterno al divino fundador de la religion cristiana, que solo por este inmenso favor merecia el eterno agradecimiento de la humanidad! Los templos no son ya escuela de vicios, sino santuario de la virtud; y el hombre al humillarse ante las aras, no tiene ya que renunciar á su condicion de racional, ni abatirse en el cieno de abominables torpezas, sino elevarse á toda la sublimidad de la razon, y purificarse con todas las inspiraciones de la virtud.

Nadie ignora el paternal desvelo con que la Iglesia católica ha procurado mantener en toda su pureza el culto que tributamos á las imágenes y reliquias de los santos, cuando devotamente imploramos su poderosa intercesion. El santo concilio de Trento se

BIBLIOTECA NACIONAL

ocupó de este importantísimo asunto, y su decreto nos libra para siempre de la tacha de supersticion.

¿Quién no tiene noticia de la herejía de los iconoclastas? Solamente á Dios adoramos los cristianos, y la religiosa veneracion que tributamos á las reliquias y á las imágenes se refieren únicamente á los originales que semejantes imágenes representan, y á los santos cuyos preciosos restos mortales tenemos la dicha de poseer. Consideramos los santos como abogados é intercesores para con Dios, y les suplicamos no que concedan, sino que nos ayuden á conseguir lo que pedimos mediante su intercesion y en virtud de los meritos de N. S. Jesucristo. A escitar el fervor de nuestra súplica contribuyen poderosamente esos signos esternos, cuadros, estátuas, bajos relieves, etc., con que reproducimos su gloriosa imágen: de manera que al fijar con recogimiento la atencion en un cuadro que representa los principales rasgos de la vida del Redentor, de su Santísima Madre ó de los santos, puede decirse que casi nos convertimos en testigos oculares de aquellos gloriosos sucesos.

Otras imágenes y otros cuadros son los que merecerian escitar la censura de los filósofos y el pudor de los pueblos, porque al paso que ofrecen asqueroso aliciente á los sentidos, contribuyen eficazmente á la corrupcion de las buenas costumbres.

No pudiendo los enemigos de la religion oponerse á la evidencia de los hechos que demuestran cuan distante se halla el cristianismo de favorecer de ningun modo la supersticion, siendo por el contrario, segun acabamos de demostrarlo, su mas principal y eficaz enemigo, esgrimen nuevas armas, diciendo que los ritos y ceremonias de nuestra adorable religion no son mas que una copia de los que se usaron en el pueblo hebreo, ó lo que aun es peor, entre los gentiles. El ceremonial de la ley mosáica cesó al establecerse la ley del Salvador, y en virtud de esta nos hallamos libres del grave peso de todas aquellas ceremonias religiosas que distinguieron al pueblo hebreo, y fueron adecuadas á su condicion mas material que la nuestra.

Si alguna semejanza se encuentra sin embargo entre nuestros ritos y los del pueblo judío, y aun diremos mas del culto idolátrico, en nada empaña por cierto la pureza del culto católico semejante casual circunstancia. Siendo el objeto y el fin principal de toda religion el honrar la divinidad, ¿qué tiene de estraño que algunos actos de veneracion y respeto sean semejantes, ni que pueblos entre los cuales no hayan mediado relaciones, estén acordes en algunas cosas, y presenten alguna conformidad de pensamientos? Al descubrirse la América, se hallaron pueblos que en su tosco culto presentaban puntos de contacto, si bien remotos, con el rito judáico: de lo cual necesariamente debe inferirse que aquellas rústicas gentes traian su origen del pueblo hebreo, ó que siendo el espíritu humano de un mismo temple en todas las regiones, produce una necesaria analogía en lo tocante á ciertas ideas, y principalmente en el modo de espresarlas.

Mas concedamos, si asi lo quieren nuestros enemigos, que la Iglesia haya adoptado algunos ritos de los judíos ó de los gentiles, despues de haberlos purificado y perfeccionado. ¿Por qué no habia de hacerlo? ¿Quién se lo impedia? ¿Por ventura entre tantas cosas imperfectas é impuras que constituian el culto idolátrico, no podria encontrarse alguna costumbre, que despues de acrisolada por la Iglesia católica pudiera ser considerada como útil y decorosa? Quemaban á un mismo tiempo en Roma y en Jerusalen incienso á Júpiter y al verdadero Dios, siendo asi que el culto que dominaba en la primera de estas dos ciudades era idolátrico y abominable, y el de la segunda era religioso y santo. Claro está que con la venida del Salvador quedaron abolidas todas las ceremonias que en la ley de Moisés se referian á tan elevado misterio. ¿Mas qué inconveniente podia haber en que se conservaran en todo ó en parte los ritos relativos al simple culto, esto es, á la religiosa veneracion debida al autor de todas las cosas, suponiendo además que su práctica era adecuada, ó en nada se oponia á la moral establecida por la nueva ley? Lejos de haber inconveniente en que la Iglesia retuviera esas antiguas costumbres, debe por el contrario decirse que obró con providencial cordura al aceptarlas.

Si alguna vez se han introducido entre los fieles prácticas de devocion mal entendida y agenas del verdadero culto, la Iglesia católica no ha tardado en proscribirlas y reprobarlas. Los santos Padres y los concilios han levantado su poderosa voz contra las prácticas supersticiosas, y en todos los catecismos se repiten los saludables preceptos que se oponen á ellas.

¿Habrá tal vez quien piense que una vez destruido el cristianismo (si fuera posible), quedaria enteramente desterrada del mundo la supersticion? En tan aciago momento seria por el contrario cuando esa calamidad estenderia por todas partes sus tenebrosas ramas. ¿Qué paises sino aquellos donde se lamenta la desgracia de no haber penetrado aun de lleno la luz del Evangelio, son los que actualmente nos presentan mas deplorables ejemplos de supersticion? ¿Quién ignora las mil supercherías que constituyen el culto de los chinos, tal cual se lo ordenó el ponderado Confucio? Llenas están de ridiculeces y de absurdas patrañas las crónicas de aquel pueblo, que da crédito á los sueños, y cree esplorar la voluntad del cielo, valiéndose de medios repugnantes y pueriles. Mas sea la opinion de un filósofo la que confirme

las breves observaciones que acabamos de hacer. Oigamos á Federico II, rey de Prusia, decir al patriarca de la impiedad: «Estad seguro que si los filósofos llegaran á establecer un gobierno á su modo, no tardaria el pueblo medio siglo en inventar nuevas *supersticiones*, y en arreglarse un culto que impresionara los sentidos: nuevos ídolos, la veneracion á las cenizas de sus antepasados, el sol ó cualquier otro absurdo semejante se establecerian en vez del culto puro y sencillo del Ser Supremo.»

NECESIDAD DE MORALIZAR AL PUEBLO.

Con este título publica *El Abogado de las familias* un artículo, que estando tan identificado con nuestras ideas, no podemos menos de transcribirlo. Dice así:

«Uno de nuestros mas ilustrados colegas de Andalucía ha tenido la bondad de invitarnos á que nos ocupemos de esta materia, en la que vamos á entrar con placer no solo por atencion, sino por cumplir con los deberes de abogado de las familias.

»Nos remite dicho escritor una correspondencia de Carmona, en la que se refieren los horrorosos pormenores que precedieron á la ejecucion de la pena de muerte que Francisco Rivas sufrió en dicha ciudad, y cuyos detalles, asi como conmovieron el corazon sensible de nuestro compañero, conmoverian tambien á nuestros lectores; por cuya razon, limitándonos á indicar muy superficialmente las circunstancias del hecho, que revelan un mal hondo é inveterado, nos ocuparemos con preferencia de los medios de mitigarle en lo posible.

Reo de tres homicidios el precitado Rivas, trató de suicidarse desde el momento en que supo que se hallaba condenado á muerte, lo cual intentó varias veces, empleando como instrumentos de esterminio hasta el rosario y la medalla que la piedad habia colocado sobre su cuello; apeló por fin á la hipocresía mostrando el mayor arrepentimiento, sin duda con el objeto de ver si por este medio podia realizar sus propósitos; pero no pudo conseguirlo: por lo cual volvió á dar rienda suelta á su furor, en términos de golpear á las personas que le rodeaban; y por último, próximo ya á los últimos momentos, dirigió palabras llenas de sacrílega ironía contra los ministros del santuario que trataban de darle la paz del alma y la tranquilidad del corazon. Este es el cuadro, pero sin colorido, porque era demasiado negro para que le reprodujéramos con toda exactitud.

»Suspendemos nuestro juicio en cuanto á calificar la responsabilidad moral en que haya incurrido este desgraciado, por las acciones que ejecutó en sus últimos momentos, porque en verdad siempre hemos creido que hechos de esta naturaleza denotan una especie de aberracion mental, que conduce al frenesí, y convertido el hombre en semejante caso en un ser destituido de razon es mas bien digno de lástima, que no de que se le mire con horror; pero si bien esto es cierto, no puede tampoco negarse que los hechos de esta naturaleza se reproducen con demasiada frecuencia, y que denotan sin duda que hay un mal en nuestra sociedad moderna, que se halla inoculado en gran parte de los que la componen; que tiene asiento en lo mas profundo del corazon, y que por desgracia va cundiendo cada vez mas en todas las clases, amenazando con un cataclismo que produzca por do quier la desolacion y la ruina; y este mal es el predominio del sensualismo sobre el espiritualismo puro, la relajacion de los sentimientos morales, la *indiferencia religiosa*.

El hombre que hallándose próximo á una muerte cierta, en lugar de humillarse se llena de furor; el que á las palabras de cariño y de dulzura que le dirijen sus hermanos responde con el sarcasmo, y á las súplicas para que se arrepienta con la maldicion y la burla, ese es un furioso; pero su furor proviene de que no cree en las verdades religiosas, y como para él los símbolos sagrados que se le presentan son lo mismo que los ídolos á que rindieron culto los antiguos pueblos, los desprecia. Pues bien, este espectáculo se repite con frecuencia, y es un indicio de la ruina de la sociedad. ¿Quereis evitarlo? Pues *moralizad* al pueblo; y para moralizarle, hacedlo con el ejemplo, que es la razon mas poderosa y mas irresistible, con el ejemplo que es la moral en accion y penetra por los sentidos; y sobre todo, los que os encontrais en posiciones elevadas, en las cuales todos vuestros conciudadanos pueden contemplaros; pero si haceis lo contrario, ¿qué podreis esperar del pueblo? Os horrorizais al verle cuando rompe los frenos con que la autoridad le sujeta, convirtiendo las ciudades en hogueras, y los magníficos monumentos de la industria y de las artes en montones de ceniza, y no teneis en cuenta que no hace otra cosa sino ser un mero operario del gran plan de destruccion social que vosotros estais elaborando.

El pueblo que vé que el *goze material* es ídolo del dia, y que todo se le sacrifica, y no oye en torno suyo hablar de otra cosa; que observa el desarrollo siempre creciente y espantoso de la molicie y el lujo, aspira tambien á su vez á participar de las delicias que allá á lo lejos vislumbra, y despues de haber andado un buen trecho en el camino que le dirige para conseguirlo, viendo que son inútiles sus esfuerzos, ya que no puede disfrutar destruye, y entonces se le llama *socialista* y se levantan cadalsos para que expie un crimen, que ha cometido, es cierto, pero del que otros tienen mayor culpa, porque con sus principios erróneos, con sus impremeditadas doctrinas, con sus perniciosos ejemplos, con sus desmedidas ambiciones le incitaron á ello: si quereis pues evitarlo, *moralizad al pueblo*, pero para moralizarle empezad por vosotros mismos.

En esta época de descreimiento y de indiferentismo que atravesamos, indiferentismo comun á la mayor parte de los hombres y á todos los partidos, por mas que alguno queriendo repetir prácticamente á los ojos de sus conciudadanos la parábola del fariseo y del pu-

blicano quisiera arrojar semejante acusacion tan solo sobre una comunion política respetable, ¿qué podremos pedir al pueblo que contempla á veces pasivo y silencioso el ejemplo que le proporcionan los que por su elevada posicion debieran servirle de modelo?

Cuando de palabra y por escrito se predica el predominio de la materia sobre el espíritu, preconizando todo cuanto á esta se refiere, y mirando con afectado desdén lo que tiene mas directa conexion con la parte mas noble del hombre ¿qué mucho que produzca frutos semejantes al que nos acreditan los últimos momentos de Rivas en Carmona y el cinismo de algunos criminales célebres que hasta en la nobilísima y pacífica córte de Felipe II escandalizaron al pueblo con sus impíos y horribles improperios?

Al hablar de las mejoras que deben hacerse en los pueblos, siempre se las califica de *materiales*, si se las quiere dar importancia; cuando se trata del bienestar de los ciudadanos, si se le quiere calificar del modo mas elevado, se le añade el epíteto de *materia*: ¡la materia parece que lo es todo, y el espíritu nada significa! las ciencias mismas que mas ennoblecen al hombre dándole á conocer su naturaleza íntima, son miradas con menosprecio: ¿para qué sirven la Metafísica y la Moral, se pregunta á veces con irónica sonrisa? Las ciencias solo que pueden producir adelantos en las artes y la agricultura, son las que se miran con predileccion: al antiguo móvil de los españoles que era el honor, háse sustituido el interés: los nobles distintivos que en otro tiempo hubieran llevado con orgullo hasta los vencedores de Pavía y de Lepanto, hasta los héroes de Trafalgar y de Bailen, los mismos que nuestros padres recibian con entusiasmo en la gran lucha nacional contra el Capitan del siglo y los cuales colocaban sobre sus hábitos militares con la altivez de los guerreros y la humildad de los cristianos; esos, esos mismos distintivos se miraron hoy dia con menosprecio, y hubo quien los tuvo como mercancía de ningun valor, es que no podian proporcionar ningun goce *material*, y por lo mismo en su concepto no valian cosa alguna.

La literatura y las bellas artes se resienten tanbien en nuestra época, sustituyendo la sensacion al sentimiento, y la belleza de la idea, y colocando en lugar de las vírgenes de Murillo, las diosas de los artistas de la antigua Grecia: pues bien, ¿Si sembrais materia, cómo podeis recoger espíritu? ¿Si en vuestras obras abogais por el sensualismo, por qué os quejais de que el pueblo sea materialista y que sus acciones se conformen con tan horrible sistema? Si quereis evitarlo, moralizadle, y para ello empezad por vosotros mismos.

Si al hablar de las sagradas ceremonias, de los ministros del Santuario, y de los dogmas consoladores de la resureccion asoma á veces en vuestros lábios la sonrisa de la incredulidad, ¿qué mucho que el pueblo os imite, y al imitaros obre tambien conforme á sus creencias, produciendo ejemplos tan desgarradores é inmorales como el que pone la pluma en nuestras manos? Huyamos del materialismo y la indiferencia religiosa, y asi moralizaremos al pueblo.

Si al caer sobre nuestras ciudades epidemias sangrientas y asoladoras afectamos mirarlas como meros efectos de combinaciones físicas, como simples juegos de la casualidad, sin tener en cuenta que hay una inteligencia infinita y una mano poderosa que todo lo dirige y lo gobierna, y que á veces el padre tambien se muestra severo con sus hijos cuando para corregirlos y enmendarlos no bastan las advertencias cariñosas: ¿qué mucho que ocurra algunas veces el que estos terribles acontecimientos en lugar de humillar á los pueblos los irrite y que den el triste espectáculo de que los rayos que despide la divina justicia se mezclen con los que arrojan los instrumentos homicidas?

La estadística criminal va cada vez en aumento, los suicidios se repiten con una frecuencia espantosa, los datos que suministran los asilos de la infancia abandonada hacen conmover el corazon, y cada vez el mal sigue creciendo: pues bien, si queremos evitarlo, es necesario moralizar al pueblo.

El juramento es hoy dia entre nosotros un requisito de fórmula: la verdad oficial es muchas veces contraria á la verdad extrajudicial, y eso que los dichos de los testigos se robustecen en aquella ceremonia: esto produce á veces la impunidad y otras fomenta la calumnia: hoy dia los testigos se *buscan* cuando se necesitan, y cuasi siempre se les *encuentra*, y se encuentran á bajos precios, porque abunda la mercancía, porque se vende la palabra y el juramento.

Suponed una sociedad dotada de las mejores leyes y escrupulosamente ejecutadas, dice un escritor de nuestros dias, si no existe en ella un principio de *moralidad* sostenido y alimentado por el sentimiento religioso, esa sociedad, lejos de inspirar confianza, debe infundir espanto. Muy de temer es que la moral de semejante pueblo se convierta en cálculo de probabilidades, llevando cada persona el *Código penal* en el bolsillo para consultarlo y regir su conducta.

Tan grandes son los males que se siguen de la relajacion del sentimiento moral y religioso, y por lo mismo deben emplearse toda clase de medios para ello: los padres de familia en sus casas, los profesores de instruccion primaria entre sus alumnos, y lo mismo los de las demás ciencias y facultades, pueden contribuir en gran manera á esta grande obra de regeneracion social. los Sacerdotes en el desempeño de su sagrado ministerio son los que ejercen el mas favorable influjo: los escritores públicos, los literatos y poetas, todos, todos, pueden contribuir á que el movimiento de las ideas se encamine hácia esta grande obra de reconstruccion social; y sobre todo el Gobierno y sus delegados; pero al verificarlo tengan presente que la verdad solo triunfa con la dulzura y la paciencia, con la tolerancia y no con la dureza, y que el mal de que nos lamentamos no puede achacarse á ciertos y determinados partidos, es un mal social y todos acaso hemos contribuido á producirlo: ¿habrá alguno que en vista de lo que dejamos dicho no desee moralizar la sociedad? Pues bien; empecemos por nosotros mismos, que algunos seguirán nuestro ejemplo.

Variedades.

Sta. Isabel de Fernando Póo, 27 *de julio de* 1856.

Muy señor mio y amigo: todo el mes transcurrido desde mi última le he pasado en esta mejorando nuestra capillita y fomentando, aunque por desgracia con una lentitud muy contraria á mi genio, las cosas de esta mision. Cuando abrimos para el culto nuestra capilla provisional nos faltaba en ella sacristía, ni tenia mas altar que el mayor: en la primera semana del corriente hicimos la sacristía, y la aumentamos dos altaritos colaterales, en los que se veneran otras tantas esculturas de la Santísima Vírgen, bajo las advocaciones del Cármen y del Hermoso Amor. En el mayor ocupa el lugar principal un cuadro de la Concepcion, copia del de Murillo, y á sus lados sobre una gradilla están colocadas las imágenes del arcángel san Miguel, san Juan Bautista, santa Teresa y san Isidro labrador. Muy bien conocerá Vd. que hay motivos especiales para que esta mision implore la asistencia de estos cuatro grandes santos, especialmente de los tres primeros; sobre el cuarto referiré una anecdotilla ocurrida al terminar nuestra navegacion.

Esta mi mision se formó parte en Madrid y parte en Valencia, de modo que sus individuos en número casi igual pertenecen todos á las dos referidas provincias. En los primeros dias del mes de mayo nos dijo el piloto que ya nos hallábamos á una distancia muy corta de Fernando Póo, y segun nos indicó, era cosa de pocos dias lo que podriamos tardar en llegar. Haciendo un cálculo aproximado y suponiendo un andar regular, debiamos arribar á esta isla del viernes al sábado, vigilia de Pentecostés. El domingo 11 se celebraba además de la Pascua la fiesta de la Vírgen de los Desamparados de Valencia, y al momento los valencianos confiaron en que la Vírgen, de quien eran devotos y protegidos, traeria en su dia la mision al término de su viaje. Vínose al pensamiento de los de Madrid que pocos dias despues llegaba la festividad de san Isidro, patron de la villa coronada, y comenzaron entre unos y otros pueriles y cordiales altercados, sobre si seria la Vírgen de los Desamparados ó el santo Labrador quien los habia de traer á Fernando Póo. Todas las probabilidades estaban porque nuestra llegada debia verificarse en la Pascua ó su víspera; á esto parecia conspirar el viento, mas fresco que le habiamos tenido en todo el viaje, y aun una noche con la claridad de la luna divisamos la isla á distancia de tres ó cuatro leguas; pero á la mañana siguiente hallamos haber retrocedido mucho, y con esto y otras calmas que vinieron pasó el domingo y el lunes y el martes, y el miércoles hasta la hora de las vísperas del glorioso patron de Madrid. Esto unido á la circunstancia de que una de las cosas que aquí conviene hacer es introducir el cultivo, nos ha hecho dar un lugar preferente al glorioso san Isidro labrador.

Mejorada ya nuestra capilla, creí que ya podiamos tener el gusto de vernos acompañados dia y noche por el augusto Sacramento, y determiné que desde el domingo 8 quedase la reserva en nuestra capilla: al efecto hizo nuestro maestro carpintero un bonito sagrario, que con papel de tisú de oro fue forrado por dentro y fuera. Todavia el tiempo no habia permitido verificar la solemne procesion del Corpus, pues constantemente habia llovido en todos los domingos despues de esta gran solemnidad. Era una cosa que me afligia el pensar que me veria precisado á hacer una procesion raquítica, y en la que apenas podia prometerme la asistencia de veinte personas para acompañar con luces á su Divina Majestad. Sin embargo, yo creia que era preciso que el Señor tomase posesion públicamente de las calles de esta ciudad, todavia infiel, y resolví que el domingo 8, en que teniamos el oficio de la preciosísima Sangre, se verificase este religioso acto tal cual pudiésemos hacerlo. Dios quiso concedernos el gusto de poder hacer una procesion que acaso en solemnidad, aparato y devocion nada haya tenido que envidiar á las del nuestros pueblos católicos.

El sábado muy temprano ancló en este puerto el bergantin de guerra francés *Victor:* en él venia un misionero francés; pasé, apenas lo supe, á bordo con el objeto de ofrecerle nuestros pobres servicios, que se dignó aceptar, y con las buenas noticias que me dió de su comandante, volví á bordo aquella tarde para convidarle á que asistiese juntamente con nuestro gobernador, á la procesion del dia siguiente. Ofreció asistir con toda la oficialidad, enviando además competente número de jóvenes para que sirviesen de acólitos y monaguillos, y tambien como unos cincuenta individuos de la tripulacion, todos uniformados. Vea Vd. si fue buen socorro este. Como muestra de agradecimiento ofrecí al comandante que apenas volviese la procesion de las verjas, me encaminaria con el Santísimo á la orilla del mar, y daria mi bendicion al bergantin y resto de la tripulacion que en él hubiese.

El sábado por la tarde se repicaron en grande las tres campanitas que cuelgan de nuestro campanario; á la mañana siguiente el cielo nos manifestó un azulado limpio, que era una garantía de que suspenderia por algunas horas los raudales de agua que diariamente arroja sobre nuestras cabezas: asi fue en efecto; no llovió en todo el dia 8, cosa que no tenia ejemplar desde que por el mes de abril habia comenzado la temporada de las lluvias. Las once de la mañana era la hora convenida con el señor gobernador para verificar la procesion; y si llovia á dicha hora, la

hubieramos diferido para las cuatro, cinco ó seis de la tarde. A las diez cantamos solemne misa mayor, y concluida ya teniamos á la puerta los de la tripulacion, y luego se presentó nuestro gobernador con el señor comandante y oficialidad del bergantin, y la procesion se formó segun las órdenes que de antemano tenia yo dadas á nuestro maestro de ceremonias el catequista don Plácido Soscon. Nosotros habiamos colgado toda la barandilla y escalera de nuestra casa con telas azuladas ondeadas de blanco; lo que daba á la fachada de nuestra casa é iglesia una bonita apariencia, que agradó á nuestros huéspedes.

La procesion llevaba este órden. Precedía la cruz, llevada por un catequista con alba y acompañada de los ciriales, que llevaban á sus lados dos jóvenes de la tripulacion con sotanas encarnadas y roquetes: seguia el estandarte de la Santísima Vírgen, el mismo que enarbolamos cuando nuestro embarque en Valencia, llevado por un niño de la tripulacion, á quien acompañaban otros cuatro, cada uno con una cinta de las que colgaban del estandarte; estos cinco iban vestidos con túnicas blancas, de las que me servian en Chamberí para la primera comunion de los niños. Seguian en dos filas los cincuenta soldados todos con sus velas encendidas; tras de estos venian los artistas de la mision con sus túnicas azules y velas en la mano, despues los catequistas con sotana y sobrepelliz, los dos turiferarios y despues yo con el Santísimo y á mi lado los diáconos, todos debajo del palio, cuyas varas llevaban cuatro militares. Cerraba la procesion el gobernador y comandante acompañados de sus oficiales.

Frente de la verja de nuestra casa é iglesia y á distancia como de diez varas está el mar, y allí me dirigí inmediatamente para bendecir al bergantin y su gente. Este contestó con veintiun cañonazos, que dieron al acto ruido y majestad. El uno sirvió para atraer á todos los negros de Santa Isabel, que al oir un cañoneo nunca visto dejaron sus casas, corrieron hácia el mar y se hallaron con nuestra procesion, y la otra para conciliar al culto católico respeto y veneracion. Yo iba con el Santísimo como fuera de mí; el aparato militar de que sin saber como, y cuando de ningun modo podia prometérmelo, veia rodeada á la Divina Majestad, que llevaba en mis manos en medio de un pueblo infiel, parece que me autorizaba para decir con cierta arrogancia á cuantos presenciaban la procesion: *Dominus mecum est cuasi bellator fortis; idcirco qui persequntur me cadent et infirmi erunt.* La procesion duró una hora, recorrió las calles principales, y de vuelta á la iglesia se terminó esta solemnidad, dando al pueblo la bendicion con el Santísimo y reservando en el nuevo sagrario por la primera vez á su Divina Majestad.

Por la tarde tuvimos vísperas con manifiesto, y asi fue este uno de los dias mas gratos y mas llenos que podremos tener en esta mision. Faltábanos todavia una ermita en donde venerar alguna imágen de la Santísima Vírgen, y para suplir este vacío y no vernos privados de este medio de fomentar la piedad y de dar culto á nuestra Madre, elegimos un viejo y corpulento árbol, que aislado á la punta de un cabo de tierra que se introduce mas de cien varas en el mar, parece que tiene el encargo de estar vigilante, é informarse de las embarcaciones que se aproximan á esta parte de la isla. Este árbol tendrá sus ciento veinte pies de alto, segun á la vista aparece; su tronco, á la altura en que hemos podido medirle, tiene de grueso veinte varas y una cuarta, y se divisa muy bien de cuatro leguas mar adentro, y presenta en su parte que mira al mar una grande hendidura, cuyo hueco me pareció muy á propósito para que nos sirva de ermita provisional. Al efecto los carpinteros abrieron dentro de esta abertura en su pared de enfrente una caja en que pudiese ajustarse bien un cuadro de la Santísima Vírgen, cuya medida se les dió de antemano. La imágen es de la Concepcion, y á su pie pusimos la siguiente inscripcion: «Los misioneros de Fernando Póo dedican á la Santísima Vírgen este pequeñísimo recinto, hasta que puedan hacerle un templo á medida de su devocion, en el dia de la fiesta de la Vírgen del Cármen y del triunfo de la Santa Cruz del año de 1856;» y á continuacion nuestras firmas, que estendimos todos sobre el altar del Cármen.

El dia 24, en que dábamos fin á la novena, fue el designado para bendecir y dedicar nuestra pobre ermita; junto á ella designamos un pedazo de terreno, que nos sirve de campo santo, y resolvimos bendecir al mismo tiempo que la ermita. Al efecto el 23 por la tarde se colocó en él la cruz que previene el ritual. El 24 al amanecer marchamos todos hácia el afortunado árbol, le bendije, colocamos dentro de su caja el cuadro de la Santísima Vírgen á la altura como de cuatro varas, y puesta luego una mesa de altar celebré en ella el santo sacrificicio, haciendo que cuatro catequistas cubriesen con el pálio todo el altar, para impedir que de las ramas ó corteza pudiera caer alguna cosa sobre el Sacramento. Aunque la capilla era tan modesta, no dejaba de inspirarnos devocion la soledad y el silencio, interrumpido nada mas que por el ruido de las vecinas olas; además nuestra vista divagaba por otro templo de inmensas dimensiones, aquel que describe Lamartine en estos versos:

«El templo el mundo,
y la tierra su altar; su alta techumbre
y su ostentosa cúpula los cielos;
y esos astros sin cuento, esas lumbreras
semiveladas, pálido decoro,

de la sombra con órden derramadas
en la bóveda azul, son los blandones
cabe el *Sancta Sanctorum* de este templo,
para alumbrar sus naves encendidas.»

Concluida la misa cantamos el *Tota pulchra*, etc., y pasamos á bendecir el campo santo.

Esto ha sido lo único digno de referirse que ha ocurrido en los asuntos de nuestra mision en el corriente mes; no quiero tampoco dejar de contarle que ya estamos catequizando á dos negros, y segun los informes que de sus adelantos me da su catequista don Manuel Morales, creo que no tardaremos en bautizarlos. Pidan Vds. á Dios que sean muchos los que sigan su ejemplo. Indirectamente vamos reduciendo el círculo de operaciones de los ministros protestantes, á quienes se prohibió primeramente los bautismos solemnes que solian verificar públicamente en el rio, y ahora se les ha mandado no entiendan en otros negocios espirituales que los de los vecinos de esta poblacion, que por cualquier concepto son tenidos por ingleses; y al mismo tiempo un bando fijado en medio de la plaza Mayor hacia saber á los bubíes, crumanes, etc., que el gobernador no reconoceria en lo sucesivo ningun matrimonio que no sea certificado por los ministros católicos; pues hasta ahora se presentaban todos ante un ministro protestante, y este daba la certificacion, en vista de la cual eran tenidos por legalmente casados.

El lunes 9 salió de aquí la seccion que va á Corisco, compuesta del presbítero don Juan Mora, el diácono don José Agramunt y el catequista don Joaquin Plá: sé que llegaron á Soboa cuando salia de allí el correo del 18. La seccion de Annobon continuaba todavia allí, esperando proporcion para trasladarse á Annobon, de cuya isla me dan las mejores noticias unos portugueses que acaban de llegar del Príncipe, y estuvieron en Annobon hace seis meses.

El estado sanitario de la mision, gracias á Dios, es bastante bueno, especialmente el de su superior, que desde que desembarcó en esta isla no ha dejado todavia de celebrar un solo dia el santo sacrificio. Deseara poder decir lo mismo en muchas cartas.

No se presenta, no, tan alhagüeña la cuestion de subsistencias, pues esta isla se halla absolutamente desprovista de todo: no hay para comer mas que ñame, que es el ordinario alimento de los negros. Nosotros con prevision trajimos triple cantidad de las provisiones que necesitábamos para el viaje y del sobrante vamos comiendo; pero ya se va dando fin al depósito, y entonces pasaremos una verdadera crisis. Nadie mas que el gobierno puede hacer desaparecer la carestía de esta isla; yo pienso entablar mis gestiones, que no dudo serán atendidas: haciendo que aquí abunden las carnes frescas, se conseguirá con facilidad que este puerto sea uno de los mas concurridos de toda la parte occidental del Africa; si por el contrario no se pone remedio á la carestía, la isla continuará desierta de europeos como hasta aquí, y aun los misioneros tendremos precision de emigrar.

Todavia no he podido recorrer nada de esta isla, y asi no puedo darle pormenores de ella como le ofrecí; únicamente conozco hasta el dia la presente poblacion de Santa Isabel (a) Clarens. Esta se estiende á la orilla del mar en una distancia como de quinientos á seiscientos pasos; todo este terreno le ocupan ocho casas, la mayor parte de ellas construidas con solidez, adornadas con lujo y habitadas por europeos. A la espalda de estas casas se estiende una larguísima calle y tras esta otras unidas por sus correspondientes trasversales, unas y otras anchas como de cuarenta pies y muy bien alineadas. El total de las casas será aproximadamente sesenta, y el número de individuos que en el dia las habita novecientos ochenta y seis; de estos cuatro quintas partes son ó se reputan como súbditos ingleses, porque son ó hijos de los que en el año 27 vinieron con las espediciones inglesas de Oriente, ó porque proceden de las diversas colonias inglesas que hay en la costa occidental del Africa, ó porque son esclavos rescatados por los europeos ingleses, etc. La otra quinta parte se compone de portugueses de las vecinas islas, Príncipe y Santo Tomás, ó crumanes ó procedentes de puntos no ingleses. Asi Santa Isabel es verdaderamente una poblacion inglesa, y en ella no se aprecia otro culto ni otro idioma, ni otra moneda ni otros usos que los de Inglaterra.

El modo de vivir de estas gentes no me es todavia bien conocido, pues están bien, tienen sus casas bien amuebladas y no trabajan; yo supongo que fuera de los portugueses, que por lo regular son criados de servicio, especialmente para el mar, y los crumanes, que vienen á ser nuestros asturianos en Madrid, y hacen todos los oficios pesados, como llevar agua á las casas, subir los cargamentos desde el puerto, y cultivar los pequeños jardines ó huertas que hay en la mayor parte de las casas, etc., todos los demas son agentes de las cinco ó seis casas principales y muy acaudaladas de Santa Isabel, y se ocupan en ir á la costa y al muelle y tomar el aceite de palma de los bubíes á cambio de los efectos que para eso reciben de sus principales. Por lo que hace á el alimento ya he dicho que todos los negros sin distincion no comen mas que ñame. Tambien hay cuatro ó cinco familias de color venidas de la Habana.

El gobernador de la isla es el caballero Munter Laslynga, holandés, muy afecto á los españoles, hombre que reside aquí hace treinta y dos años; está muy bien quisto, respetado de todos, ama y protege mucho á los españoles, y los misioneros le debemos muchos, muchísimos favores; gobierna con suma

prudencia, y mantiene el órden sin tener fuerza alguna material de que poder disponer. El es gobernador, juez y todo: aquí no hay mas código ni mas legislacion que su prudencia, aunque en los casos árduos reune en su casa á los mas antiguos de los europeos que hay en la poblacion; y si se trata de un crímen grande, acude al gobierno de Madrid, como sucedió en febrero último con un homicida que todavía está en la cárcel, esperando la resolucion de aquel. Por fortuna estos crímenes son tan raros, que tengo entendido ser este el único homicidio desde el año 27.

Amigo, el correo se marcha, y no puede estenderse mas, ni decir todo lo que quisiera su afectísimo amigo y capellan Q. B. S. M.—*Miguel Martinez Sanz.*

HIMNO A MARIA

EN SU

INMACULADA CONCEPCION,

COMPUESTO

POR D. L. N. Y P. (1)

¡Salve, salve, cantaban, María
que mas pura que tú solo Dios,
y en el cielo una voz repetia,
mas que tú... solo Dios, solo Dios!

—

Con torrentes de luz que te inundan,
los arcángeles besan tu pie,
las estrellas tu frente circundan,
y hasta Dios con orgullo te vé.
Pues llamándote *pura y sin mancha*
de rodillas los mundos están,
y tu espíritu arroba y ensancha
tanta fé, tanto amor, tanto afan.

—

¡Ay, bendito el Señor que en la tierra
pura y limpia te pudo formar,
como forma el diamante la sierra,
como cuaja las perlas el mar!
Y al mirarte entre el ser y la nada,
modelando tu cuerpo esclamó:
«desde el vientre será *inmaculada,*
si del suyo nacer *debo yo.*»

—

Por que tú, madre Vírgen y *pura*
del que dijo: ¡*haya luz*! y hubo luz,
y á tus pechos bebió tu ternura,
y á tus brazos cayó de la cruz;
No pudiste llevarle en tu seno,
si en tu seno triunfó satanás.
¡Tú la madre de Dios en el cieno!
¿Y era Dios, y lo quiso?... jamás.

—

Que á tus plantas rodó la cabeza
de satán, como rueda el alúd,
y en tu ser natural la pureza
de ley fue, como en Dios la virtud.
Invocándola España en sus glorias,
dió feliz á dos mundos la ley,
y voló de victoria en victorias,
y de cada español hizo un rey.

—

Por tu nombre en Lepanto vencia.
Por tu fé dióla un mundo Colon,
y en Otumba, Granada y Pavía
inmortal fue por tí su pendon.
Que al sentir de montaña en montaña
las tormentas de noche rujir,
se te vé protegiendo tu España,
de la luna en el disco salir...

—

¡Flores, flores... que al templo ya viene!
y en su trono de luz y á sus pies,
querubines y arcángeles tiene
mas que espigas y granos la mies.
Flores, flores las nubes derramen
de la Vírgen *sin mancha* en honor,
y su reino los cielos la llamen,
y los hombres su madre y su amor

—

Ella pide virtudes por palmas,
corazones por templo y altar,
para luz de sus ojos las almas
que pretenden su amor cautivar.
Y en las iras de Dios las esconde,
y le grita, al sonar la esplosion,
«¡*son mis hijos*, piedad!» y él responde:
«¡son sus hijos! ¡piedad y perdon!»
¡Salve, salve, cantaban, María,
que mas pura que tú solo Dios!
y en el cielo una voz repetia,
¡mas que tú... solo Dios, solo Dios!

(1) El Ilmo. Sr, D. Fr. Vicente Horcos San Martin concede cuarenta dias de indulgencia por cada uno de los versos contenidos en este himno.

PLAN DE LA PUBLICACION.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Este periódico se publica desde 1.° de abril los dias 1, 8, 16 y 24 de cada mes.

En Madrid por un mes 4 reales, y 15 en provincias por trimestres anticipados.

MADRID:
Imprenta de Ancos, calle de Cuchilleros, núm. 3.
1856.